

—¿Cómo explicas tú el hecho?
—Los españoles somos anárquicos

A Monin le ha dado por cantar:
Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño
A un picaro otro mayor.



El diario LITO DE LITO y la tristeza

HOY ha muerto Abuelita. Hay en la casa un silencio que nunca había conocido y que, aunque me dé miedo, ni yo mismo tengo ganas de romper. Abuelita se ha ido—no sé dónde, pero para siempre—, y eso me ha hecho cambiar; me parece que he crecido de repente, que me he hecho grande sin notarlo y entonces pienso que la marcha de Abuelita ha aumentado mis años.

¿Estoy triste? No lo sé. Sólo sé que he cambiado, que no soy el mismo Lito de hace dos días. Y aquel Lito—que ahora me parece lejano, muy lejano—tiene algo de extraño para mí: porque aquel Lito jugaba y cantaba y reía. Y el Lito de hoy, en cambio, no juega ni sabe sonreír: sólo tiene ganas de estar callado y de cerrar los ojos.

Si, la muerte de Abuelita me ha acercado a los mayores. Pero ni siquiera eso me da contentos: hubiera preferido seguir siendo distinto a ellos, seguir siendo el Lito que reía, y cantaba, y jugaba. Todo esto es tan raro, tan diferente a lo de antes, que no sé qué pensar. Y entonces no pienso en nada: me quedo en silencio y dejo correr el tiempo.

de toda su importancia, todos los minutos, todas las caricias. Y, sin embargo, no llora; también ha perdido las fuerzas para llorar? No lo sé. Y estoy seguro que Pirula tampoco lo sabe.

Es un día aburrido el de hoy. Pero tiene un aburrimiento diferente, que no me hace protestar ni buscar diversiones. Abuelita se ha ido de la casa, se ha ido del barrio, se ha ido de la ciudad; y entonces la casa ha cambiado, porque una casa es, al fin de cuentas, la gente que vive dentro; y al marcharse la gente, la casa es otra. Esto lo sé ahora, solamente ahora; nadie me lo ha dicho, pero estoy seguro de ello: y esa es otra de las cosas que me hacen sentir mayor.

Mamá, de repente, se ha levantado de su silla. Ya hacia la mesa, arregla las flores que están allí y luego se queda quieta; está de pie, callada, y acaricia las flores. (Nunca lo había hecho hasta ahora: no ha perdido entonces las fuerzas para acariciar.)

Voy hacia ella y, al acercarme, me doy cuenta que verdaderamente se ha hecho más pequeña: ahora soy yo el grande, soy yo quien debe cuidarla. Entonces le digo, en voz baja:

También eso me acerca a los mayores: todos están callados, y creo que tampoco tienen ganas de pensar. Mamá se ha sentado desde la mañana y apenas se ha movido; yo no comento las novedades del barrio, ni papá con Pirula ni discute con Papá: parece que estuviera sola, parece que quisiera estar sola. Se me ocurre que se ha hecho más pequeña y más débil: tal vez sean ella los años que he aumentado hoy.

Papá y Abuelito tampoco hablan. No se miran siquiera, como si tuvieran miedo uno del otro. Papá se levanta a cada momento, da unos pasos por la habitación y luego vuelve a sentarse; fuma más que nunca, pero esta vez Mamá no le reprende por lo visto hoy no tiene fuerzas para enojarse. En cuanto a Abuelito, hace ya horas que tiene la mirada clavada en un cuadro: justamente uno de los cuadros que no le gustan, que ha criticado siempre. Pero tampoco tiene el fuerzas para enojarse: por eso mira el cuadro sin decir nada, con los ojos fijos y muy abiertos.

Hasta Pirula ha cambiado hoy. Yo no me explico por qué ni cómo, pero sé que ha cambiado. Quizás esté enfadada porque nadie se acuerda de ella: ha perdido

—Mamá, ¿estás bien?
Ella hace un movimiento de sorpresa.
—Sí, hijo, sí.
—¿Quieres alguna cosa?
Me mira entonces, como si antes no me hubiera visto, y murmura:
—No, nada.
No sé ya qué decirle, y de pronto se me ocurre preguntar:
—¿Has llorado mucho?
—No, no mucho—responde suavemente.
Pero veo que ahora está llorando, en silencio, como si tuviera vergüenza de hacer ruido. Y entonces me siento seguro de lo que debo decir:
—No llores, Mamá. Ya verás que Abuelita volverá, ya verás que charlaréis juntas. Y me reprenderéis cuando me porte mal, y os enfadareis por mis preguntas tontas... Abuelita volverá, ya verás; quizás regrese esta misma noche...
Pero Mamá sigue llorando. Y viéndola sé que estoy triste, horriblemente triste: ahora comprendo la tristeza.

LA SEMANA PROXIMA:
LA DESPEDIDA DE LITO.

EL ANCIANO y el ASNO

UN anciano que iba montado sobre su asno vio, al pasar, un prado cubierto de hierba y salpicado de lindas florecillas. Pensó que sería aquel un buen sitio para dejar su bestia, y así lo hizo. El rocín se paseaba placidamente a través de la hierba, escarbando, saltando y rebuznando, mientras iba dejando el campo limpio de la misma, pues se la comía con gran apetito.

Mientras tanto, comparó un ladrón, y el anciano, temerosamente, quiso llevarse el jumento y alejarse rápidamente de allí.

—¡Vámonos!—dijo al paciente animal.

—¿Por qué?—respondió éste, que veía en perspectiva el abandono de tan rico prado; y viendo llegar al ladrón, exclamó: —¿Es que me va a hacer llevar ése doble carga de la que me propinas tú?

—No, dijo el anciano—, pero sígame sin demora y partamos rápidamente: si no, estamos perdidos.

—¿Qué me importa pertenecer a uno o a otro? ¿Acaso no me

dáis todos los hombres el mismo trato? ¡Sálvate tú, en buena hora; pero déjame a mí alimentarme, ya que hay aquí pasto en abundancia. He visto que todos los años que he tenido me habéis tratado con la misma dureza y con idéntica violencia. ¿Qué puede de importarme ya pertenecer a uno o a otro?

El pastor, al ver lo que sucedía, corrió hacia allí, y le fue muy fácil coger al cuervo. Lo llevó luego a su casa y allí le recortó las alas para que sus hijos jugaran con él.

Este cuento nos muestra cómo siempre es conveniente medir las cosas: la consecuencia es clara.

Lo que gallardamente podía hacer el águila, provista de su fuerza y de su sagacidad, era ridículo que quisiera hacerlo el pobre cuervo.

Cosa parecida pasa entre los hombres: algunos, sin fuerzas ni merecimientos suficientes, quieren compararse, jactanciosos, con los sabios de verdad y con los genios.

(*) Así se llama algunas veces al águila.



¿QUE ES EL SOL?

A todo señor, todo honor: hablé de vida, de energía, de calor, de nuestro Sol, dispensador de luz y calor. La superficie del Sol está constituida por gases muy calientes, y recuerda una capa de arroz extendida en una mesa, tendiendo de tramo en tramo, unas manchas muy oscuras y partes muy brillantes, las faculas. En esta superficie la que se conoce con el nombre de FOTOFERIA.

Las MANCHAS.—El Sol da vueltas sobre sí mismo. Manchas y faculas participan del movimiento de rotación. Aparecen al borde, permanecen cerca de quince días visibles y desaparecen al fondo occidental, para reaparecer trece días después, y así sucesivamente, según su duración que varía de dos a tres meses. Algunos no subsisten más que algunos días, pero se han visto otras durar cerca de un año.

En ciertas épocas, el número de manchas y faculas es muy grande, notablemente en una zona, llamada red; en otra en cambio el número es casi insignificante. Estas apariciones de actividad máxima y mínima presentan una periodicidad de once años, llamada PERÍODO UNDECIMAL, el cual está en estrecha relación con ciertos fenómenos terrestres tales como el magnetismo, auroras polares, y muchos otros que ignoramos de las manchas, describe un hecho muy extraordinario, que el Sol no da vueltas por medio de un movimiento uniforme como el de un cuerpo sólido: su rotación varía de veinticuatro a treinta días, según se trate del Ecuador o de los polos.

¿De qué está hecho el Sol? Analizado con el espectroscopio, un rayo solar revela la presencia de una treintena de elementos que se encuentran en la superficie de la Tierra: sal, hierro, hidrógeno, níquel, magnesio, etc. Unos, el hidrógeno, cuyo uso es tan necesario en estos tiempos, fué descubierto sobre el Sol treinta años antes que se reconociera sobre la Tierra.

CROMOSFERA Y CORONA.—Arriba de la fotosfera, que es la superficie del Sol perceptible a nuestros ojos, se encuentra la CROMOSFERA, delgada, casi gaseosa compuesta la mayor parte de hidrógeno, de la cual se desprenden flamas rosas visibles sobre todo en el momento de los eclipses totales de Sol, y que se llaman protuberancias.

En fin, arriba de la cromosfera, se encuentra una tercera envoltura, la CORONA, tan grande como el mismo Sol. La Corona está constituida sobre todo por partículas solitarias, mientras que la CROMOSFERA, como hemos dicho antes, es gaseosa. El espectáculo que estos dos anillos ofrecen en el momento de eclipses totales de Sol, es de aquellos que siempre maravillan y sorprenden al observador, por las flamas y que pueden ir muy lejos—hasta diez veces el diámetro solar—, formando una especie de aureola.

Desgraciadamente el espectáculo dura poco, seis minutos cuando mucho.

LA ENERGIA SOLAR.—Tal es el alto dueño de nuestros destinos, globo inmenso, cerca de un millón cuatrocientos mil veces más grueso que la Tierra, separado de ésta por 150 millones de kilómetros y que, para iluminar, engendrar, sostener la vida alrededor de él, gasta seis millones de toneladas de materia por segundo. Ha leído bien: seis millones de toneladas de materia son transformadas en energía luminosa y calorífica.

Sin embargo, tal desperdicio, suponiendo que no se recupere—y nada es menos seguro—tomaría diez mil millones de años para agotar enteramente la masa del Sol.

Poemas infantiles

OYE, manita: si yo, simulando que jugaba, un día me convirtiera en una flor de champaca y me abriese de aquel árbol en la más saliente rama, y me acusase el viento a, como un gnomio, ballara en torno a las hojas nuevas, ¿acaso tú adivinarías que la flor era yo? Dime con qué inquietud preguntarías: —¿Niño, dónde estás?—Y yo, sin decir una palabra, me quedaría muy quietito... Luego abriría las ramas para verte ir y venir, por no encontrarme, alarmada. Y cuando después del baño, sueltas las crenchas, cruzadas bajo la verde frescura de la frondosa champaca, para ir al huerto en que rezas sentirías la fragancia de esa flor y no sabrías que era yo quien la exhalaba. Cuando después del almuerzo, de codas en la ventana, leyeras como acostumbra las hojas del Ramayana, yo, desde el árbol, mi sombra de flor menuda dejara sobre el renglón que leyese... Pero, ¿acaso adivinarías que era la sombra querida del hijito de tu alma?



La ZORRA y el MACHO CABRIO

LA zorra descendió desde las altas montañas, acompañada de su amigo el macho cabrio: éste no veía más allá de su nariz, mientras que la zorra era maestra en inventar engaños.

La sed le obligó a bajar a un pozo: pero, una vez hubieron bebido hasta saciarse, en aquella abundancia de agua, los dos se desesperaban, pues no veían medio de poder salir de allí.

La zorra dijo, por fin, al macho cabrio:

—¿Qué haremos, compadre? No tenemos bastante con haber podido beber; es necesario que podamos salir de aquí.

—Se me ocurre una idea para salvarnos. Verás: pon las patas lo más alto que puedas, apoyadas contra la pared. A lo largo de tu espinazo yo subiré, y después, apoyándome de tus cuernos, procuraré salir de esta prisión, y cuando lo haya logrado y esté arriba, entonces te sacaré a ti.

—Por mis barbas, es una buena idea!—dijo el macho cabrio.—Yo alabo sin reservas a las gentes que tienen ideas tan geniales como tú. Jamás se me habría ocurrido a mí este medio de salvación.

La zorra saltó efectivamente del pozo ayudada de su compañero, y conforme a la disposición que había imaginado, y una vez en salvo hizo un sermón al macho cabrio, exhortándole a tener paciencia.

—Si el Destino te hubiera dado tanto juicio como barba y mentón—le dijo—, tú no habrías bajado tan ligeramente a este pozo, pues hubieras visto el gran peligro que suponía el poder salir de él; pero como no has tenido cuidado y mis fuerzas no son suficientes para sacarte de este apuro, ¡adiós! yo ya estoy libre; tú, procura salir, y haz todos los esfuerzos que puedas, pues yo tengo ahora una misión que no me permite pararme demasiado en mi camino.

En todas las cosas, antes que hacerlas, hay que considerar cuál será su fin. Mucha vez cuando no podamos darnos mucho del apoyo ajeno.



¿Qué orgullosa! Se cree la muca que por haber ganado una copa tiene derecho a esas poses tan absurdas. ¿Verdad que el deporte se practica sin necesidad de demostrar campeones?

¿Verdad que no hace falta crecer campeona para ser persona útil?

¿Verdad que el orgullo es una cosa fea?

¿Verdad que la natación es un deporte bonito, sin que por ello sean bonitas las competiciones y los campeones?

(De una carta de uno de los lectoritos de RUTA.)

Un muchacho muy travieso le dijo un día a Kiko:
- Mi mamá es muy guapa.
Y Kiko respondió:
- Entonces tu debes parecerte a tu padre.

Las aventuras de CASCABEL

Cascabel y las próximas fiestas

TANTO ha oído hablar Cascabel de las fiestas que se aproximan—y en particular de la de Noel—, que ha llegado a sentir verdadero interés por ellas. Máxime si tenemos en cuenta que la mayoría de sus amigos han escrito esta semana cartas a un problemático señor de barbas blancas, que dicen proponerle juguetes a los niños. Naturalmente, nosotros no tenemos nada sobre el problemático señor de barbas de algodón, porque Cascabel considera que, en todo caso, es a los papás a quienes concierne el aclarar ese misterio, si misterio es. Eso, todo y teniendo en cuenta la prevención que Cascabel siente hacia todo lo que carece de explicación lógica. Y, sobre todo, cuando existen niños, tan buenos como el que más, de los que nadie se acuerda... ni el tío de las barbas.

Peró el caso es que Cascabel, a cuyos ojos tiene siempre mucha importancia cuanto es relativo a los niños, ha querido saber qué clase de juguetes son los que para la infancia preparan en los almacenes, y sin perder un minuto ha acudido a visitar cuantos existen en esta ciudad. Pero hete aquí que su recorrido ha finalizado en nuestra Redacción, en vez de haberlo en los lugares en donde venden juguetes. Cuando Cascabel viene a interrumpirnos en nuestro trabajo, no cabe duda de que de algo importante se trata, y, pensando así, hemos aceptado en seguida la invitación que nos ha hecho para que le acompañáramos a visitar los almacenes que él acababa de recorrer.

Cascabel nos ha llevado directamente al mejor y más grande almacén de esta ciudad y, una vez en él, a la sala de los juguetes. Después se ha cruzado de brazos, como quien espera algo. Y algo esperaba.

—Pero dínos, Cascabel, ¿a qué nos has traído aquí?—le he preguntado.

Y Cascabel ha exclamado, con acentuado malhumor:

—¿Que a qué?... ¡Es que aún no lo veis!

—¿Caramba!—he pensado yo—, algo grave debe ocurrir aquí para que Cascabel denote tal humor. Y he empezado a observar: muñecas, pelotas de goma, planchas eléctricas y distintas, codinas, juegos de carpintería, piñarras, coches pequeños y grandes, camiones, pistas... ¡Ah! ya he comprendido: Cascabel nos ha traído aquí para que veamos que a los niños ofrecen, para jugar, algunos juguetes verdaderamente horribles.

—Te refieres a esos feos juguetes?—le hemos preguntado a Cascabel, refiriéndonos a los que no hemos nombrado.

—Pues claro que me refiero a ellos. Aquí, y en los otros almacenes, venden para los niños pistolas, fusiles, tanques en miniatura, uniformes de soldado y multitud de otros objetos despreciables. O los he traído aquí porque creo necesario que en RUTA conste la protesta de Cascabel por estas cosas.

—Pero, ¿qué podemos hacer nosotros para evitarlo?

—¿Para evitarlo? Para impedir que se venda nada más que esos juguetes deberíamos hacer. ¿Crees que los niños pueden aprender algo bueno con un fusil de madera o una pistola de hierro? Entonces no hay más remedio que decirles a los niños que esos juguetes son la cosa más horrible del mundo, y a sus papás que así deben hacerlo comprender a los pequeños.

—Bueno, Cascabel, pero ¿a qué que enfadarse. La culpa no es nuestra y...

—¡La culpa es de todo el mundo! Del que los fabrica porque los fabrica, del que los vende porque los vende, y del que los compra —¡ah, ése es el peor!—porque los compra.

—Pero, escucha, Cascabel, nosotros ni los fabricamos, ni los vendemos ni los compramos.

—Sí, pero no habéis dicho nada contra ello en RUTA. No los habéis explicado a los niños que esos juguetes son despreciables e inútiles. Cuando Cascabel viene a interrumpirnos en nuestro trabajo, no cabe duda de que de algo importante se trata, y, pensando así, hemos aceptado en seguida la invitación que nos ha hecho para que le acompañáramos a visitar los almacenes que él acababa de recorrer.

Cascabel nos ha llevado directamente al mejor y más grande almacén de esta ciudad y, una vez en él, a la sala de los juguetes. Después se ha cruzado de brazos, como quien espera algo. Y algo esperaba.

—Pero dínos, Cascabel, ¿a qué nos has traído aquí?—le he preguntado.

Y Cascabel ha exclamado, con acentuado malhumor:

—¿Que a qué?... ¡Es que aún no lo veis!

—¿Caramba!—he pensado yo—, algo grave debe ocurrir aquí para que Cascabel denote tal humor. Y he empezado a observar: muñecas, pelotas de goma, planchas eléctricas y distintas, codinas, juegos de carpintería, piñarras, coches pequeños y grandes, camiones, pistas... ¡Ah! ya he comprendido: Cascabel nos ha traído aquí para que veamos que a los niños ofrecen, para jugar, algunos juguetes verdaderamente horribles.

—Te refieres a esos feos juguetes?—le hemos preguntado a Cascabel, refiriéndonos a los que no hemos nombrado.

—Pues claro que me refiero a ellos. Aquí, y en los otros almacenes, venden para los niños pistolas, fusiles, tanques en miniatura, uniformes de soldado y multitud de otros objetos despreciables. O los he traído aquí porque creo necesario que en RUTA conste la protesta de Cascabel por estas cosas.

—Pero, ¿qué podemos hacer nosotros para evitarlo?

—¿Para evitarlo? Para impedir que se venda nada más que esos juguetes deberíamos hacer. ¿Crees que los niños pueden aprender algo bueno con un fusil de madera o una pistola de hierro? Entonces no hay más remedio que decirles a los niños que esos juguetes son la cosa más horrible del mundo, y a sus papás que así deben hacerlo comprender a los pequeños.

—Bueno, Cascabel, pero ¿a qué que enfadarse. La culpa no es nuestra y...

—¡La culpa es de todo el mundo! Del que los fabrica porque los fabrica, del que los vende porque los vende, y del que los compra —¡ah, ése es el peor!—porque los compra.

—Pero, escucha, Cascabel, nosotros ni los fabricamos, ni los vendemos ni los compramos.

—Sí, pero no habéis dicho nada contra ello en RUTA. No los habéis explicado a los niños que esos juguetes son despreciables e inútiles. Cuando Cascabel viene a interrumpirnos en nuestro trabajo, no cabe duda de que de algo importante se trata, y, pensando así, hemos aceptado en seguida la invitación que nos ha hecho para que le acompañáramos a visitar los almacenes que él acababa de recorrer.

Así es que, queridos lectoritos de EN RUTA, ya conocéis la opinión de nuestro amigo Cascabel. Y su opinión es la nuestra: No debéis aceptar ningún juguete de los que representan armas, pues no son—aunque no acérteis a comprender estas palabras, papá os las aclarar—juguetes verdaderos. Los juegos son cosas que divierten y que a veces instruyen, pero nunca son cosas como las que los hombres utilizan para hacer daño.

Existen muchos juguetes bonitos: Bibi, por ejemplo, queriendo ser telefonista, tendrá un teléfono; Pierre, a quien le gusta la carpintería, tendrá un juego apropiado a su gusto; Sergio acaso tenga una caja de pinturas; así todos. Cada cual, cada niño, debe pedir para jugar aquello que le guste, le divierta y le instruya, pues esas tres cosas no están reñidas entre sí.

El mulo que se alababa de su destino

UN mulo que pertenecía a un obispo, se picó en su amor propio y no había durante mucho tiempo más que de su madre la yegua, de la que explicaba muchas proezas.

—Ella había hecho esto, había estado por allí y por allá, así los hijos se entendieron por innúmeras veces, comiendo, teniendo una historia brillante y muy digna de ser mencionada.

Se hubiera creído humillado de servir a un médico; pero cuando

llegó a viejo, lo destinaron a mover un molino: vino entonces a la memoria el recuerdo de su padre, y esto le servía de cierto consuelo en la triste situación a que le había llevado su destino.

Los vándalos, por dura que sea su desgracia, buscan cierto consuelo en imaginarse las épocas felices de sus antepasados. Triste es, ciertamente, que poco les alivia de la penosa situación por que atraviesan.

